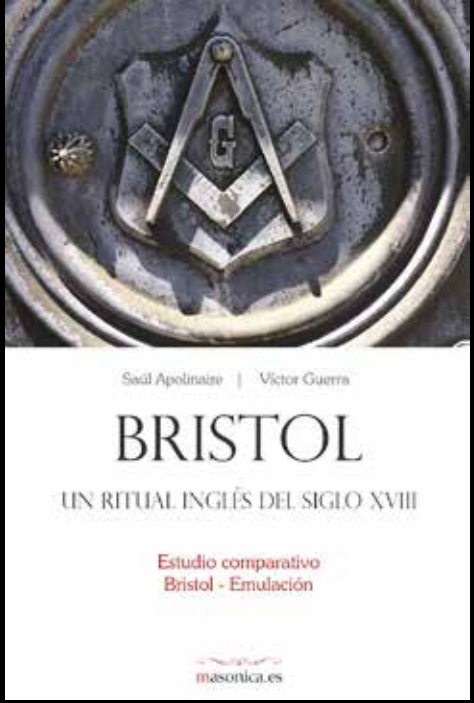

BRISTOL Y SU IMPORTANCIA PARA LATINOAMERICA

Aureliano en Hibernia

No hace más de una semana que el trabajo minucioso de los Hermanos Saúl Apolinaire y Víctor Guerra sobre el ritual de Bristol llegó a mis manos. En pocos días lo leí con el frenesí que la ansiedad requería, previendo acertadamente que se convertiría en un libro de relectura y consulta.

Para quienes provenimos de masonerías latinoamericanas, poco propensas a cuestionarse sobre el origen real y no mítico de sus fuentes rituálicas, de sus tradiciones particulares y siempre dóciles a cierto canon pétreo de una bibliografía desteñida, un libro de esta naturaleza no puede sino ser vitoreado como una brisa fresca y auspiciosa para inquietudes vivas.

Alguna particularidad vinculada a sus autores constituye una pista no menor de una trama que puede (aunque no quisiera llevarme por un excesivo entusiasmo) llegar a desarrollarse y ramificarse en la masonería hispano hablante de América: uno de sus autores es Asturiano y el otro Marplatense. Un lazo fraterno que, a través de una investigación de rigor, ha unido extremos geográficos cuya lengua común aparece siempre desfavorecida en materia de bibliografía masónica de rigor. Cuando uno lee los catálogos de obras masónicas en castellano puede apreciar que en su mayoría constituyen materiales de una espiritualidad cercana al new age, ensayos subjetivos de tintes apologéticos o francamente propagandísticos cuando no, en el peor de los casos, sumas de supercherías de nulo rigor intelectual. Cómo no festejar entonces esta publicación que tanto bien puede generar en la masonería de habla castellana de América.

Otra particularidad augura una no menor satisfacción: uno de sus autores ha crecido y se ha especializado en el rito moderno. El otro, formado en el rito escocés antiguo y aceptado predominante en la masonería argentina, se interesó tanto por el rito moderno como por el rito de emulación a los fines de entender cabalmente ese raro escocismo anclado en Sudamérica que, en sus grados simbólicos, de país a país parece en ocasiones sólo tener en común su algo desmesurada denominación. Dicha inquietud honesta y desdogmatizada garantiza una objetividad que puede uno percibir en el transcurrir de la lectura, con la declarada intención de no querer ser la última palabra dicha en la materia: modestia que siempre es de agradecer en los autores masónicos.

Pero hay una particularidad que, a mi modo de ver, merece ser tenida como asaz valiosa por los latinoamericanos. Tras la declarada intención de querer revisar un viejo ritual del Siglo XVIII a los fines de establecer

si su espíritu se corresponde con las tradiciones de los Modernos o de los Antiguos, los autores nos despiertan la enorme curiosidad de querer ahondar más en dichas vertientes rituálicas a los fines de poder mirar con nuevos ojos la historia de la masonería y, por qué no (se me disculpe tamaña traspolación), los rituales que practicamos en el seno de nuestras logias para poder comprobar que los mismos distan bastante de obedecer a tradiciones perennes de tiempos noaquitas o salomónicos, ni mucho menos ser el resultado coherente de tradiciones exclusivas y monolíticas. Cierta promiscuidad rituálica, propia de los encuentros y desencuentros de las distintas variantes masónicas en Latinoamérica se puede trazar figurativamente en paralelo a las masonerías irlandesas e inglesas cuyo comercio geográfico prohijó el viejo ritual de Bristol que Apolinaire y Guerra han traducido y analizado minuciosamente. ¿No será hora de que los masones hispanoamericanos nos demos a la tarea de releer nuestros rituales y trazar un adn de nuestras identidades, no para depurarlas con afán de Torquemadas, sino para festejar la riqueza de las mismas y abrirnos al conocimiento de todas las diferentes tradiciones que han forjado ese esmerado hábito teatral en que enmarcamos nuestros tiempos de encuentro? ¿No será hora de empezar a vislumbrar que bajo el pretexto de pretendidas tradiciones no se han encumbrado más que cuestiones de políticas obedienciales de coyuntura? ¿No será tiempo de revisar las cuestiones referidas a la regularidad desde una óptica más cercana al rigor histórico que a los devaneos circunstanciales de nuestras superestructuras obedienciales?

Por lo dicho, la lectura de este valioso trabajo de investigación conjunta de dos Queridos Hermanos no sólo nos proporciona un cúmulo de informaciones que nos abren a horizontes poco explorados por nuestra masonería latinoamericana, sino que nos induce a mirar con otros ojos nuestras prácticas rituales. Que un libro por si sólo produzca semejante resultado es algo que ciertamente debe ser altamente valorado.

Un último detalle: el Querido Hermano Apolinaire pasó al Oriente Eterno en el 2015. El Querido Hermano Guerra completó los trabajos. El resultado es un libro de investigación que, a más mentas, constituye un símbolo de fraternidad tangible y emotivo.

BRISTOL: UN ESTUDIO MASÓNICO ÚNICO

Joaquim Villalta

Cuando se me propuso hacer el epílogo sobre este magno estudio ritual, no lo dudé dos veces: se trataba de un trabajo único y llevado a cabo por dos Hermanos de absoluta solvencia masónica e historiográfica: Víctor Guerra y Saúl Apolinaire (ya en el Oriente Eterno).

Me unía además de la amistad, un vínculo de admiración académica y ejemplar actitud, plasmado concretamente desde el "Círculo de Estudios del Rito Moderno y Francés Roëttiers de Montaleau" del que me siento honrado formar parte, y con quienes llevamos a cabo diversos trabajos pioneros en el ámbito de la masonería iberoamericana.

Este libro, no es uno más de los muchos que, respetuosamente, abundan. Es un Trabajo único hasta el día de hoy, y que aborda estratos que siempre quedan en el limbo bien sea por impotencia o complejidad.

Querría poder expresar en palabras aquello que nace del corazón y del alma, pero estoy convencido que tal labor sería imposible. Es por ello que además de recomendar su lectura imprescindible a todo amante de la Orden, Historiador o Masonólogo, tengo la seguridad de que el lector obtendrá algo que siempre busca: conocimiento (y más Luz para el Francmasón).

Estos 300 años conmemorativos de la fundación de la Francmasonería especulativa vienen repletos de actos, homenajes, agasajos. Providencialmente, estas fechas han querido que dé a luz esta obra única, no sólo en un continente en concreto, sino a nivel mundial, legado para todo masón, académico o simple buscador de la verdad.

Dicho esto, les dejo con un pequeño extracto de mi modesto epílogo:

Aquellos que hemos tenido acceso a este estudio, somos ciertamente afortunados.

Nos encontramos ante una obra para sibaritas, estudiosos, o sencillamente buscadores de esa verdad histórica que por desgracia aparece manipulada y mal mitificada en una y otra orilla de la absurda divergencia conceptual denominada "Regularidad". En todo caso, "esta joya" quedará como inicial referente ante unas cuestiones no menores.

Saúl Apolinaire, ya en el Oriente Eterno, brillante académico investigador, y amante de una humilde discreción ejemplar, se une al potencial de conocimientos del Hermano Víctor Guerra, referente en el estudio del Rito Moderno, para plantear algo, hasta ahora, inédito.

Francamente ejercer un desarrollo personal de sus análisis y estudios comparativos estaría absolutamente fuera de lugar, máxime compartiendo sus conclusiones finales, y teniendo el honor de compartir membresía con ambos en el Círculo de Estudios del Rito Moderno y Francés "Roëttiers de Montaleau".

Entrando en materia, sin más dilación, este análisis ritual nos indica a todas luces que es de naturaleza "Antigua". La pregunta sería: ¿es esta cuestión absolutamente transcendental?

A modo analítico sí, obviamente. No obstante me voy a permitir exponer unas humildes consideraciones que creo, en el fondo, pueden ser vitales, al menos bajo mi prisma.

Debiéramos remontarnos “ab origo” al tremendo desacuerdo “Antiguos versus Modernos”. Hay mil y un estudios al respecto, pero sea como fuere, la actual historiografía nos plasma una misma fuente procedimental: el abandono del Rito de los Antiguos Deberes y la imposición, aunque transmutada, del denominado Rito del Mason Word.

Formalmente eso es así sin discusión. Este libro nos indica sabiamente cómo algunos de los puntos de desacuerdo entre ambos realmente no eran tales. A modo de ejemplo, la Instalación del Maestro de la Logia ya era realizada en sus inicios Modernos (otra cuestión es que no fuera seguida por el resto de su jurisdicción, para lo cual se puso solución). Apuntemos a modo de ilustración, que La Logia de Antigüedad no era otra que la Logia muy antigua (los ingleses dicen en ese caso: «a time immemorial Lodge») que se reunía, en 1717, en la taberna que tenía como letrero «el Ganso y la Parrilla» en el cementerio Saint-Paul. Esta Logia fue una de las cuatro fundadoras, el 21 de junio de 1717, de la Primera Gran Logia de Londres.

En 1761 tomó el nombre de “West India and American Lodge” y en 1770 adoptó el de “Lodge of Antiquity”.

Es importante anotar que esta Logia nunca pasó bajo la jurisdicción de los Antiguos y permaneció fiel a la G. L. de 1717, excepto de 1777 al 1787 cuando, teniendo a su cabeza el celebre escritor masónico William Preston, conformó, a consecuencia de una disputa con la Gran Logia, la «Grand Lodge of England South of River Trent», trabajando bajo la autoridad de la Logia «of All England» en York.

En lo que concierne a la ceremonia de Instalación del Maestro de la Logia, “Lodge of Antiquity” afirma comunicar unos secretos particulares en el momento de la instalación del Maestro por lo menos desde el 1726 (B.E. Jones o.c. p. 248) y conceder desde el 1739 un rango privilegiado al Pasado Maestro Inmediato.

Pienso también (y no de forma gratuita) que tanto en la disensión basal de Antiguos y Modernos, como en la Gran Logia de Wigam, donde el

Ritual Bristol se llevaba a cabo por algunos, esos disensos eran fruto de ambiciones de poder fruto de una excipiente burguesía y de otros aspectos sociológicos que aquí no desarrollaré por meritar un trabajo externo, más que de aspecto iniciático-formales.

Entendamos que el cambio de usos rituales era frecuente, ya no sólo en Gran Bretaña, sino también a nivel europeo continental. A modo de apunte, la existencia en Francia de los Stuarts dentro de un procedimiento acorde al Rito Moderno es indiscutible. Así el ritual Berté de 1788 nos indica claramente: "los dos Stuarts (Stewards de las logias inglesas), uno colocado al medio de la columna del mediodía, y el otro a la mitad la columna del Norte; llevan en la mano, el primero, un bastón de 6 pies con un sol de oro en la parte superior, el segundo, un bastón similar con una Luna. Estos Hermanos acompañan cuando se rinden honores y ayudan a los vigilantes cuando las columnas son demasiado largas. Podríamos citar múltiples ejemplos puntuales, pero extensos, donde se ejecutaba la multiplicación de Expertos como Oficio, o asimismo, el cambio "formal" en las recepciones, era propio e incluso bien considerado en Orientes como los Países Bajos y aún de uso y buen ver en los orientes belgas. Así, el masón viajero, se enriquecía con esa pluralidad de quehaceres que no vulneraban, en definitiva, los puntos esenciales de la Orden.Yendo más allá, hoy en día apreciamos formas diversas de su Rito Moderno (auque analíticamente sea cuestionable por algunos injertos o deformaciones).

En la ctualidad, ¿qué nos queda?: Una metodología ritual diferencial.

Sin ninguna duda el "Bristol" sigue el concepto de los Antiguos (posteriores en el tiempo a los Modernos calificados despectivamente así por estos últimos).

Sea como fuere, la finalidad ritual debe conducir a una misma meta, objeto último de la práctica masónica.

A nivel formal, el masón y estudioso (redundando, porque no se puede ser masón y no estudioso) simplemente debe observar la estructura simbólica fundamental (sin más aditamentos ni articulaciones argumentales

de segunda fila, complicaciones más políticas que iniciáticas):

Tres Grandes Luces:

Sol, Luna y Maestro de la Logia, en Rito Moderno
Escuadra, compás y Libro en los Antiguos

¿Cuál fue la resolución ante esta diferencia? ¿Dónde quedó el espíritu fundacional ecuménico de Désaguliers?

Simplemente, en mi muy humilde opinión fue bufa. Ante la "victoria" de las posiciones "Antiguas", se denominaron a las primeras Tres Grandes Luces Secundarias. Este "juego de manos" cual trileros, incluso fue utilizado en el Rito Francés por Groussier en sus rituales siendo Gran Maestre, y presionado por muchos miembros de su obediencia que pretendían una cierta recuperación simbólica que fue prácticamente vaciada en el último cuarto del Siglo XIX dejando unos rituales huecos y víctimas de "l'air du temps" político-social imperante. ¡De qué modo más lastimoso se diluyó la regulación del 1786 con el paso del tiempo!

Es más: las obediencias afines, por aquello del histórico Reconocimiento, ingirieron semejante sumisión y deformación ritual para todo rito Moderno, incluso después de su repudio, y algunas recuperaron plegarias para más "explanación" en aras de conservar su acta de Regulariadad.

Me queda una incógnita irresoluble: ¿Cómo aquellos defensores y portaestandartes del Rito Moderno, desde su estatus de actual Regularidad, aceptan dicho "chantaje"?

Tal vez no sea tan difícil la respuesta: política obediencial.

Finalizo reiterando mi visión de este excelente estudio y agradeciendo que, hoy en día, continúe habiendo masonólogos como Saúl Apollinaire (ya en el Oriente Eterno) y Víctor Guerra, que nos abran puertas de reflexión, análisis y meditación.